

LA MUJER EN LA REVISTA CATÓLICA: SU NUEVO ROL ANTE LA AMENAZA SECULARIZADORA (1843-1874)



Andrea Botto S.
Escuela de Historia, UFT

Tras la independencia y el afianzamiento de la República, hacia la década de 1840, se evidenció un proceso de secularización en Chile, que fue consecuencia lógica del contacto de algunos ilustrados chilenos con las corrientes europeas de la ilustración, el positivismo y el individualismo. En los primeros instantes de esta relación, no se hace evidente aún la existencia de un anticlericalismo declarado, pero en la medida en que estas ideas adquieren más adeptos y mayor divulgación, comenzó a gestarse lentamente un conflicto en la sociedad chilena. El siguiente artículo se centra en ese conflicto.

El Chile colonial y de las primeras décadas del siglo XIX, al igual que el resto de las sociedades hispanoamericanas, estaba fuertemente empapado por la tradición católica. Toda la cosmovisión de esa sociedad se desenvolvía en un ethos católico. Desde la familia hasta la sociedad civil; desde los oficios hasta las instituciones y el mismo Estado, desarrollaban su quehacer y encontraban su fin y horizonte al interior de la mentalidad católica. De ahí que, al chocar de frente con las nuevas tendencias ideológicas y políticas en su intento por vincularse con la modernidad, se produjera un fuerte remezón que socavó los cimientos de la sociedad en todos sus aspectos y hasta niveles muy profundos, provocando un conflicto de larga duración en Chile que marcará toda la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

En la década de 1840, se evidenció un cambio gradual en la educación y en la cultura, con el que se inició un proceso nuevo en la historia de Chile, en el que se expresaron e institucionalizaron un conjunto de ideas y aspiraciones que permearon todos los niveles de la sociedad a lo largo del siglo, aspiraciones que Bernardo Subercaseaux ha definido como la soberanía del individuo y de la libertad, la forma republicana de gobierno y la separación de los poderes del Estado, el progreso de la nación, la emancipación de los espíritus del pasado colonial, la separación de la Iglesia y el Estado, el predominio del laicismo racionalista en la educación y la modernización de las costumbres según los patrones europeos. José Victorino Lastarria reconocía en sus *Recuerdos Literarios* que, en esa década, se perfiló un proceso de cambio a nivel profundo al señalar que “el movimiento político del año 1841 fue un verdadero despertar que marcó en nuestra historia el momento en que acabó una época y comenzó otra”.

Los liberales emergieron en la década de 1840 como fuerza política y se afianzaron en la siguiente, despertando una oleada nada

despreciable de anticlericalismo. Una serie de incidentes de la segunda mitad del siglo demuestran cómo este anticlericalismo fue tomando fuerza progresivamente. Ejemplos de ello son la supresión del diario *El amigo del Pueblo* en 1850, por sus ataques al clero y a la religión; los sucesos del Instituto Nacional durante 1851 y 1852, cuando el arzobispo Valdivieso intentó imponer un régimen clerical; o cuando en 1853 un grupo de personas en Copiapó quemó en la estación de trenes un panfleto del mismo arzobispo, que amenazaba con la excomunión a quienes pretendieran "pervertir las costumbres". La masonería se expandió en Chile en la década de 1850 y en 1862 nació la Gran Logia de Chile, con la consiguiente divulgación de un discurso nuevo y con mucho arraigo entre intelectuales y políticos. Mayor conmoción social y política causaron incidentes como la "Cuestión del Sacristán", de 1856; la discusión de la ley interpretativa del artículo 5 de la Constitución, en 1865; y el debate en torno a las "leyes laicas" de 1883 y 1884. El conflicto entre clericales y anticlericales empapó todos los ámbitos de la sociedad.

Los hechos recién señalados constituyen la manifestación pública o, más bien, política de debate. Ciertamente es en el espacio público político donde finalmente se transa la discusión entre liberales y conservadores, o entre anticlericales y clericales. Entendemos aquí espacio público como aquel ámbito de discusión y de crítica, sustraído a la influencia del poder político propiamente tal, ejercido por personas privadas, pero que hacen uso público de su razón. Es en este espacio público, que no contiene los frenos que podrían ponerle el Estado o cualquier otro tipo de autoridad y que mantiene por ello un carácter independiente, donde se confrontaron ambas corrientes ideológicas, los primeros proponiendo la laicización del Estado y de la sociedad civil y los segundos intentando contra todo mantener la tutoría que la Iglesia ejercía sobre aquéllos. Esta confrontación doctrinaria e ideológica llegó finalmente al terreno de las decisiones del Estado, en donde los liberales obtuvieron el triunfo con la laicización de los cementerios, las leyes de matrimonio y de registro civil y, cuatro décadas después, con la separación de la Iglesia del Estado, en 1925. No obstante, ello significó también un triunfo para la Iglesia, la que logró la libertad de enseñanza y una creciente independencia del Estado, que acabó siendo benéfica para ella.

Si ampliamos la esfera de lo público —siguiendo la definición de J. Habermas—, hacia esa continuidad crítica que incluye a "todas las personas privadas que, en su carácter de lectores, oyentes, espectadores estaban en condiciones de dominar temas de discusión" —suponiendo en ellos posesión de bienes y cultura—, podemos incluir también a las mujeres. Pero aquí no nos ocuparemos de las mujeres en cuanto agentes de opinión pública, sino que veremos cómo ellas fueron utilizadas al interior de la discusión entre las dos posiciones doctrinarias.

Las mujeres ocuparon un ámbito destacado al interior de la sociedad civil y formaron parte del debate en torno a la seculariza-

ción. Parte de la discusión se centró en la posición que a ellas les tocaba asumir en la sociedad. Tanto la Iglesia Católica como los conservadores, en su estrategia para mantener incólume la catolicidad no sólo del Estado, sino también de la sociedad, vieron en la mujer un baluarte de defensa de la religión y la moral.

El escenario de esta discusión fue esencialmente la prensa, la que se convirtió por ello mismo en un arma de combate. En la estrategia por difundir una y otra visión, la prensa de mediados del siglo XIX acabó siendo profundamente doctrinaria. En lo que respecta a la prensa católica, ésta se ocupó de defender los valores tradicionales de la sociedad católica chilena y las prerrogativas que la Iglesia tenía sobre ella y, en este afán, dedicó parte importante de sus páginas a la mujer. La finalidad era resaltar y reivindicar la imagen femenina como portadora de los valores tradicionales y de la fe, enfatizando su importancia y otorgándole un rol destacado en la sociedad. En este proceso, fue la misma prensa la que obligó a la mujer a salir del ámbito propiamente doméstico para ocupar un espacio en la esfera de la "opinión pública". No se evidencia en este período un interés por parte de la mujer de participar en la sociedad política, pero sí queda claro su nuevo rol clave al interior de la sociedad civil, con lo que este ámbito deja de ser exclusivamente masculino, lo que constituye desde ya un aspecto revolucionario de la estrategia católica.

El presente artículo constituye un breve análisis de la primera etapa de *La Revista Católica* (1843–1874), donde se intenta estudiar cómo la Iglesia y la jerarquía católica se preocuparon de los temas que atañían a la mujer y la incorporaron a su discurso, dignificando su identidad y concediéndole la tarea específica de encarnar los valores religiosos y morales al interior de la familia, para luego irradiarlos al resto de la sociedad civil. A través del estudio de los artículos de este periódico, veremos en qué consiste el rol que la Iglesia le asigna a la mujer en el advenimiento de la sociedad moderna y cuál es la esfera específica que a ella se le asigna.

Paralelamente, trataremos de vislumbrar la imagen que subyace en la mente de estos escritores católicos —ya que los que escriben son hombres—, por lo que podemos también retrotraernos hacia la concepción profunda e histórica sobre cómo los hombres veían a las mujeres a mediados del siglo XIX. A través de esta mirada, podemos penetrar en las ideas sobre inferioridad física, menor capacidad mental, debilidad de carácter y voluntad, etcétera, de la mujer: palabras y temáticas tan en boga en la época que estudiamos y que, por ello mismo, son ejemplo de una cosmovisión y un importante dato en la historia de las mentalidades del siglo XIX.

La Revista Católica

La máxima autoridad de la Iglesia Católica en el período que analizamos era don Rafael Valentín Valdivieso, decano de la

Facultad de Teología de la Universidad de Chile desde 1843 y Arzobispo de Santiago entre 1845 y 1878. Desde las páginas de *La Revista Católica*, defendió tenazmente el fuero eclesiástico, el exclusivismo católico, la tutela de la Iglesia sobre la educación, las obras de lectura, los matrimonios; y luchó con ardor contra cualquier manifestación de tolerancia religiosa y de laicismo, pues ambos aumentaban progresivamente en la sociedad chilena.

En el debate público de los temas nacionales y a nivel político, fue el Partido Conservador el que asumió la defensa de los intereses de la Iglesia y de los católicos; y a nivel cultural y de la prensa fueron publicaciones como *La Libertad Católica*, *La Revista Católica* y, con el receso de esta última, *El Estandarte Católico*, los que se impusieron esa tarea.

En el afán de reforzar su posición en la sociedad, mantener su autonomía respecto del poder civil y combatir la creciente secularización, la Iglesia inició una contraofensiva poderosa y eficiente a través de numerosos canales, uno de los cuales fue la mujer. Para ello, se alentó a la mujer a participar en la esfera pública en defensa de los valores del catolicismo y en debates relacionados con el papel de la Iglesia Católica en la política y la sociedad chilenas. En este estímulo, la visión católica reforzó la imagen de la mujer y, sobre todo, redefinió su rol al interior de la sociedad, asignándole una misión trascendental desde la familia pero hacia lo público. Esa imagen de la mujer que la visión católica quiso proyectar se distanciaba de la propiciada por los liberales, quienes mantenían un discurso donde la mujer quedaba encasillada en el fanatismo religioso, limitada intelectualmente, y cuya única misión social era el cuidado de los asuntos domésticos, de la familia y de la educación de los hijos. Es revelador el debate que se inició en el Senado como consecuencia de un incidente que se desató, porque la ley electoral de 1874 pedía como único requisito para ejercer el sufragio “el ser chileno y alfabeto” (no se excluía explícitamente a las mujeres y al clero de órdenes religiosas). Fue un senador liberal el que protestó señalando que “el antecedente que con este motivo viene a sentarse es funesto y pernicioso, porque mañana no habrá razón para negarse a inscribir a una mujer que tenga la libre administración de sus bienes.” Este mismo senador propuso una nueva ley que negaba explícitamente los derechos políticos al clero en las órdenes religiosas y a todas las mujeres.

En términos de la opinión pública y en el contexto del nacimiento de nuevos actores con el advenimiento de la modernidad, la mujer fue incorporada como nuevo ente de esa opinión, aunque aún no en términos creativos propiamente tales, pero sí como referente permanente al interior de la discusión de las nuevas problemáticas de la sociedad civil. Así, por primera vez, se incorporaba a la mujer como un ente estratégico al interior del debate sobre la modernidad, aunque en el caso del Chile del siglo XIX, fuera como “contradiscursio”. Es decir, como “fre-

no” a los peligros que la modernidad y la sociedad republicana podían acarrear para los principios y los valores tradicionales en los cuales estaba construida esa sociedad, específicamente, para el catolicismo. Éste tenía que redefinirse con la modernidad y la secularización, asumiendo las nuevas tendencias de la época.

Fue el mismo Valdivieso el que tomó la iniciativa de organizar a las mujeres en apoyo de la obra social, educativa y de beneficencia de la Iglesia. Toda esta actividad se apoyó fuertemente “en la ayuda de mujeres católicas organizadas, algunas de las cuales aportaron importantes sumas para iniciarlas y solventar su funcionamiento. Tales organizaciones se convirtieron en un canal para el activismo político a favor de las posturas de la Iglesia y del Partido Conservador.” Erika Maza ha demostrado que fue la facción pro-Iglesia de la política chilena la que vio tempranamente la ventaja que el sufragio femenino podía significarle para reforzar su base electoral. Señala la autora que “los conservadores chilenos llegaron a percibir a las mujeres como un nuevo bloque de electores potenciales entre quienes tendrían un mayor apoyo relativo que sus oponentes, aumentando así su capacidad para conseguir posiciones de poder”, lo que demuestra que la Iglesia no veía con malos ojos la participación de la mujer en la opinión pública e incluso en la política. Era bastante claro, en la sociedad del siglo XIX, que la incorporación de la mujer significaría el triunfo político de los conservadores, al ser ésta el baluarte del catolicismo en Chile.

De este modo, la Iglesia readecuó su discurso sobre la mujer, reforzó su imagen en la sociedad y le asignó un nuevo rol, asumiendo que no eran incompatibles las responsabilidades y obligaciones de la mujer en el ámbito privado, con la posibilidad de su participación en lo público. Para ello, se ocupó particularmente de aquellos aspectos que tenían que ver con lo femenino, como la educación, las lecturas, las actividades, su comportamiento público, etcétera; y enfatizó permanentemente su misión pública: de ella depende el futuro de la patria, pues ella tiene a su cargo la formación de los futuros hombres de la nación.

En esta estrategia conservadora, la prensa jugó un rol trascendental. Como señala Ana María Stiven, la prensa se convirtió en el espacio privilegiado de la polémica, donde se encontraban las distintas posiciones frente a la organización del Estado y las definiciones que se esperaban de la nación. *La Revista Católica* ocupó un lugar trascendental en la estrategia conservadora de convertir a las mujeres en contenedoras de la secularización. Aparecida en 1843, se autodelinió como “periódico filosófico, histórico y literario”, cuyo objetivo primordial era el esclarecimiento de las verdades reveladas y de la moral frente al desviado espíritu del siglo. Los primeros números del periódico estuvieron dedicados a atacar a la filosofía como elemento destructor de la fe y expresión del protestantismo; también se señaló que la religión era fundamental para la mantención de la moral pública. A lo largo de su existencia, atacó fundamentalmente las

ideas secularizadoras del siglo, las iniciativas anticlericales del Estado y las repercusiones del laicismo sobre el cuerpo social. Sin duda, creemos que fue una de las armas más eficientes del Arzobispo Valdivieso.

Creemos, asimismo, que la jerarquía católica chilena fue sensible al peligro y tomó posiciones ante los primeros embates del clericalismo en forma casi simultánea al desarrollo de esta estrategia en la Francia católica, e incluso antes de la misma. Hay, por ejemplo, quienes sitúan al padre teatino Joaquín Ventura de Ráulica, autor de un texto de 1855 titulado *La Mujer Católica*, muy divulgado por el clero de la época, como el punto de partida de la edificación moral del sexo femenino y como un exponente atípico del clero decimonónico. No concordamos con esa aseveración, pues *La Revista Católica* demuestra que la generalidad del clero chileno sensibilizó la fuerza de la catolicidad femenina y se hizo parte de la defensa del modelo de la "mujer católica" ya desde la década de 1840.

La primera referencia de *La Revista Católica* hacia la mujer destaca su rol como madre y apareció en un artículo de agosto de 1843, en el que se hace referencia al matrimonio como una instancia que "forma los vínculos del amor casto, arregla y dulcifica los afanes de la vida doméstica, sostiene la esperanza de los esposos, establece los cuidados de la infancia y prepara la nueva generación que debe reemplazar a aquella que ha visto nacer. En vano trabajarían las leyes para reformar las costumbres públicas, si en el seno de la familia hubiese gérmenes corrompidos: sólo en el regazo de una buena madre respiran los corazones tiernos el aire puro de la inocencia." *La Revista insistió* en destacar la importancia del espacio doméstico como cuna de valores y de educación en la fe. De la madre piadosa dependía la prolongación de la fe al espacio público a través de los hombres que en el futuro se harían cargo de la sociedad civil. La mujer como colaboradora del plan de la jerarquía eclesiástica nacía desde el mundo familiar, pero se prolongaba en una función social. La mujer, por ende, se convirtió en una figura central del debate secularizador, por lo que sus materias fueron consideradas importantes para la prensa católica.

Reflejo tácito de la nueva inquietud de la Iglesia por las cuestiones femeninas, fue el impulso que Monseñor Valdivieso dio a la venida de congregaciones de religiosas de vida activa para que se ocuparan de la educación de la mujer. Educación y redefinición de la mujer en el espacio público constituyen las dos caras de una misma moneda. La mujer debía estar preparada para ejercer su nuevo rol, y ello implicaba sobre todo una buena formación y educación. Así, a partir de la década de 1840, la jerarquía católica gestionó la llegada de congregaciones educacionistas con este fin; pero también de otras congregaciones que se dedicaban a la beneficencia. Con el arribo de éstas, se afianzaba también la imagen de la Iglesia Católica como benefactora y protectora de la sociedad.

La mujer es educadora; por tanto, sujeto de educación

En la construcción de la nueva república bajo los conceptos de la modernidad, el Estado chileno le dio gran importancia a la educación de la juventud. Desde el núcleo de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (1842), se creó un sistema nacional de educación, que ubicó bajo la tutela del Estado tanto a la educación primaria como a la superior, aunque la incorporación de la mujer a la educación secundaria estatal sólo se verificó en la década de 1870. En esos años, la educación privada seguía estando bajo la tutela de la Iglesia.

En el proceso de secularización social, la jerarquía católica percibió los peligros de esta educación laica, por lo que la cuestión de la instrucción femenina se convirtió en piedra de tope respecto de los temas que alligaban a la sociedad civil y política en esos momentos, en los cuales una mujer laica o religiosa haría una importante diferencia. Domingo Faustino Sarmiento, liberal argentino avecinado en Chile, escribió que "de la educación de las mujeres depende ... la suerte de los Estados; la civilización se detiene a las puertas del hogar doméstico cuando ellas no están preparadas para recibirla." Liberales y conservadores veían en la educación un eje fundamental en la construcción e integración de la nación; el problema para unos y para otros consistía en cómo enfocar esa educación. Por ello, la Iglesia asumió con particular cuidado el tema de la instrucción femenina, fomentando la educación católica. Es cierto que no fue una inquietud exclusiva de los católicos, pero para éstos el rol de la mujer era fundamental. Su educación debía estar regida por la Iglesia, y sus contenidos cuidadosamente analizados para que su enfoque y aplicación no alteraran los roles femeninos fundamentales.

Buscando moldes educativos, se miró hacia la Francia católica, donde Monseñor Dupanloup, obispo de Orléans, se convirtió en uno de los principales impulsores de la instrucción a la mujer. Colaboradores de *La Revista Católica* en Francia enviaban periódicamente artículos con las últimas tendencias educativas de ese país, especialmente las sostenidas por Mr. Rendu. "Se ha dicho, sostiene Rendu, y es preciso repetirlo, cada niña que se instruye se convierte, cuando llega a ser madre, en el MONITOR [sic] de su familia. La instrucción de un padre no (se) aprovecha a menudo...; la de una madre se transmite siempre a los hijos. Instruir a las niñas es abrir una escuela en el seno de cada familia ...". Pero esta instrucción no debía enfocarse sólo hacia los rudimentos básicos (leer, escribir y contar, además de las labores de mano y conocimientos tradicionales femeniles como canto y música), sino que debía ser una instrucción "siempre dirigida y sostenida por la educación", en la que se crearían los "hábitos de trabajo, de orden, de respeto de sí", donde se reanudarían "los lazos de la tradición religiosa" para "establecer el culto de la ley cristiana [y] constituir ... el santuario en que se conservarán, con las verdades morales, las costumbres puras que hacen fuertes a los pueblos." También se citan en la revista

las palabras del obispo de Belly, para quien “la buena educación de la mujer es más esencial aún que la del hombre: pues es a la mujer a la que toca la buena dirección del lugar doméstico, el aseo de la casa, la primera educación de la infancia, y muy a menudo el gobierno de toda la familia.”

El Arzobispo Valdivieso, profundo admirador del movimiento religioso europeo, gestionó el arribo —entre otras— de la Congregación de los Sagrados Corazones, que se estableció primero en Valparaíso en 1838, pasando a Santiago en 1841, a Copiapó en 1848 y a La Serena en 1854. La segunda congregación de este tipo que se radicó en Chile fue la del Sagrado Corazón, con un tinte más aristocrático que la anterior, aunque las aspiraciones de ambas eran las mismas: instrucción religiosa y virtudes domésticas. Además de los colegios que fundaron, el gobierno de Montt les encargó en 1854 la dirección de la Escuela Normal de Preceptoras, por lo que su red de influencia fue enorme. Eso sí, su misión distintiva se centró en la clase dirigente. *La Revista Católica* celebraba sus logros en 1855, señalando que “en el día, aumentado el personal con las religiosas que posteriormente han venido de Europa, además de las 50 alumnas que preparan en la Escuela Normal para las delicadas tareas de la enseñanza, educan en su pensionado como a 80 jóvenes de las familias más distinguidas. En uno y otro colegio hay hábiles maestras enviadas de diferentes puntos de Europa con este especial objeto; y nos es muy satisfactorio consignar aquí, en virtud de datos muy seguros, que esas religiosas por su celo, sus aptitudes y los excelentes métodos que emplean, son muy dignas de la confianza que en ellas han depositado el Supremo Gobierno y las familias. Esta congregación tan distinguida en Europa entre las altas clases de la sociedad, parece que en breve quedará sólidamente arraigada entre nosotros.” Demás está insistir en el apoyo que estas instituciones recibieron por parte de la jerarquía católica. Aquí nos interesa mostrar cómo *La Revista Católica* participó de este hecho, publicando artículos de elogio hacia estas congregaciones y sus educandas y así fomentando el desarrollo de la instrucción femenina.

Quizás una de las instancias que mejor refleja el espíritu que animaba a la Iglesia Católica hacia el mejoramiento de la instrucción femenina fue el discurso pronunciado por el Obispo de Concepción, José Hipólito Salas, al recibir a las monjas en su ciudad, en 1865. *La Revista Católica* le dedicó varias páginas, así como a otros discursos del mismo prelado con igual fin. Salas alabó la “grande y cristiana abnegación de las monjas” por las “santas ocupaciones de educar a la juventud.” El Obispo se lamentaba de que pocos entendían la trascendental importancia que tenía este trabajo aplicado a la mujer, “porque no han meditado los altos destinos que la Providencia le ha designado en el mundo. Puede en cierto modo afirmarse que la vida o la muerte de la sociedad doméstica y civil pende de las mujeres, ¡tan potente y decisiva es su influencia para bien o para mal!”.

La educación católica debía centrarse ante todo en el pudor, que era la virtud más importante de una mujer. “y tan lejos como se olvida el pudor, [la mujer] desagrada, ofende”. Salas le pedía a las monjas del Corazón de Jesús que desde sus establecimientos enviaran al mundo “púdicas jóvenes que, exhalando de sus pechos el célico aroma de la pureza, lleven a la sociedad doméstica y a la sociedad civil el perfume de las virtudes que embalsame y purifique el aire que debe aspirar para vivir la generación que se levanta. Vírgenes, esposas o madres en el santuario del hogar doméstico ejercerán su misión rehabilitadora con inmenso provecho de la religión y de la sociedad. Esta será la gloria de sus institutoras.”

Para la Iglesia, la mujer de elite era un factor de gran relevancia ideológica, porque eran sus hijos los que estaban liderando la laicización del Estado y de la sociedad, por lo que el impulso educacional estuvo abocado principalmente a ese sector. Pero no por ello se descuidó la instrucción de las clases más pobres. Congregaciones religiosas como el Buen Pastor (1855) y la Compañía de María (1868) se dedicaron a esos sectores y fundaron numerosas escuelas. *La Revista Católica* hizo un llamado a suplir las carencias educacionales de las clases más modestas, preguntándose si “¿no era una necesidad la fundación de un establecimiento en que, junto con la enseñanza de su religión y otros conocimientos indispensables, adquirieran esas pobres niñas el de un oficio honroso que les procure, más tarde una posición?”; e insistió en los beneficios que esto traería a la sociedad, añadiendo que las religiosas de la Compañía —o de la Buena Enseñanza, como también se les llamó— venían “a engrosar las filas de otras operarias llenas de saber y de abnegación. Su obra, que se asocia a la de otros institutos enseñantes establecidos ya en Chile, viene a llenar una necesidad universalmente sentida, porque abrirá a una clase tan numerosa de nuestra sociedad un asilo de preservación, de fe, de trabajo, de porvenir.” Aunque no es el tema de este artículo, la enseñanza de las mujeres más pobres también cabe dentro de la estrategia de moralización y de encubramiento de la mujer como baluarte de la fe. Para formar los hábitos de moralidad, se recomendaba la frecuencia de los sacramentos, la lectura de buenos libros y los consejos de las maestras; en cuanto a la instrucción, ésta debía limitarse a la lectura, escritura y cuentas, “que es lo que necesita la mujer del pueblo”. Lo que más importaba era “saber trabajar y tener amor al trabajo”, ello como la mejor protección ante la “corrupción a que entregan muchas infelices por faltarles la subsistencia.”

La Revista Católica celebró todas y cada una de las fundaciones educacionales femeninas que aparecieron en el país en este período. La creación de un nuevo colegio en Curicó la motivó a brindarle “un feliz éxito a este hermoso plantel que tantas esperanzas promete para el porvenir de nuestro caro suelo, pues nadie podrá desconocer las ventajas morales y sociales que resultan de la acertada dirección de la mujer.” Por medio de la

educación, la mujer adquiriría conciencia de sí y lograría desarrollar la misión de su existencia; pero la educación debía ser sólo de un tipo: "sin educación católica no hay mujer buena posible. Sin instrucción católica no hay mujer virtuosa posible. Sin enseñanza católica no hay mujer digna posible... Quitad a la mujer la educación católica, y de un golpe mataréis en ella la moralidad, la virtud, la dignidad y la grandeza."

La mujer como nueva regeneradora de las costumbres: su nueva misión social

Monseñor Valdivieso se quejaba de que "los impíos lo han invadido todo, para arruinar a la Iglesia se introducen en los gobiernos, en las escuelas, en las universidades, en las academias y por todos los caminos tratan de pervertir a la sociedad entera." La mujer se constituía en un arma sumamente eficaz, justamente porque dominaba una esfera anterior y más profunda la vida íntima de los individuos. Desde la esfera doméstica, su influencia se proyectaba mucho más allá: "la fuerza, la grandeza y la felicidad de los pueblos dependen de la religión, y el sostén y la propagación de la religión depende de una manera especial de las mujeres", son las palabras del Padre Ventura reproducidas en *La Revista Católica*. "El hombre – continuaba el artículo –, tanto en lo moral como en lo físico, es tal como su madre lo ha formado. La misma madre que le enseña a conocer a su padre terreno, le enseña también a conocer a su Padre celestial, a su Dios. La primera revelación para el niño de las grandes verdades religiosas y morales es obra exclusiva de su madre." La madre, por lo tanto, se convierte en depositaria de un invaluable poder al depender de ella la moralidad de sus hijos: "... en el regazo maternal, el corazón debe recibir las impresiones duraderas, formular sus nobles sentimientos y premunirse contra los ataques que más tarde le aguardan." Este poder adquiría una clara proyección pública cuando se insistía a las mujeres que la educación de los hijos era "uno de los puntos capitales en que está cifrada la ventura social, y del que tendrán que responder a la patria en los días de su vida y a Dios en el de su muerte del modo cómo lo han llenado."

Según *La Revista Católica*, los anticlericales tenían un plan para mitigar la influencia de la mujer, el cual consistía en corromper a la mujer alejándola de la Iglesia. "Hemos visto – señala el periódico – sociedades formadas con el único objeto de arrebatar a la Iglesia las mujeres y los niños y de sustraer de las bendiciones del sacerdote el matrimonio, el nacimiento y la muerte. En estas asambleas públicas, las mujeres han sido llamadas para proclamar y glorificar esta emancipación de su sexo, y no se ha omitido medio alguno a fin de generalizar esta corrupción del elemento social que había permanecido hasta hoy el más puro." La masonería, los irreligiosos, los enemigos de la Iglesia, buscaban ensalzar a la mujer sacándola de su esencia, de su identidad y de su verdadera misión. La querían lanzar a un espacio público desde un discurso para el cual creemos que

aún no estaba preparada. Por más que se quiera buscar, no será fácil encontrar manifestaciones emancipadoras de la mujer, en cuanto a un real deseo por participar en el espacio público político, en este período. La jerarquía, consciente de ello, prefirió proyectar a la mujer en base a su esencia, explotando su doble dimensión de madre y esposa.

En la madre, la Iglesia buscó al modelo, y con ello le dio a la mujer una razón existencial, a la vez que la dignificó al interior del matrimonio. En la cruda realidad decimonónica de matrimonios sin amor, heterogéneos en edad, etcétera, la mujer adquirió un sentido de su individualidad en su rol de madre. La madre, por lo tanto, se transformó en un agente activo y la educación, al interior del hogar, se feminizó. Valdivieso hizo un llamado a esas madres para que "en ese campo virgen" sembraran "los gérmenes de todas las virtudes." Se lee en otro número de *La Revista Católica* que las madres "cargan con una responsabilidad terrible ante el tribunal de Dios y de la sociedad, si por su descuido llegan a corromperse los inocentes corazones de las que algún día serán esposas y madres de las que deben formar a los virtuosos hijos de la patria, de las que por consiguiente depende la ventura o desgracia de un pueblo entero."

La regeneración de la mujer había sido obra del cristianismo, tal como el Padre Ventura recordaba, pues en el mundo antiguo las circunstancias habían sido muy diferentes para ellas: "toda su historia durante tres mil años se resume en estas dos palabras: degradación y opresión"; agregando que "el cristianismo el que por sus doctrinas ... os ha restablecido en vuestra primera condición de compañera del hombre y os ha regenerado."

Había sido la maternidad de la Virgen la que había salvado a la mujer del pecado de Eva; era María la que le había devuelto a la mujer su dignidad. De la imagen de la Madre de Cristo, provenía no sólo la recuperación de la maternidad, sino también la intensidad de la devoción mariana que se generalizó en la época. Pero a su vez, el ideal mariano de la "esclava del Señor" continuó justificando la sujeción al marido; sin embargo, este sometimiento, según la nueva postura católica, no era al modo de sierva, sino de compañera; para *La Revista Católica*, gracias al cristianismo "la mujer quedó elevada al rango de hermana y compañera del hombre; el matrimonio fue una institución divina... La Iglesia fue desde entonces la más fiel y generosa protectora de las esposas desvalidas ... La religión cristiana ahuyentó así el despotismo y la opresión de la sociedad doméstica, que comenzó a ser, en pequeño, el tipo e imagen de la sociedad civil." Ello, sin embargo, no implicó en ningún término la emancipación del marido o la igualdad de la mujer en la sociedad civil. No obstante, se supone que ella influye en su marido, con lo que la autoridad de él dejaba de ser totalitaria frente a la mujer. También, ella tenía la tutela sobre los hijos, y ello implicaba un peso importante al interior de la familia. A partir de esta visión, había una relación de complementariedad entre los esposos.

En momentos en que el laicismo invitaba a reflexionar sobre la necesidad de instaurar la institución del matrimonio civil, el tema del matrimonio católico salió al tapete y los articulistas y escritores clericales salieron en la defensa de su exclusivismo. El presbítero José Ramón Saavedra, frecuente colaborador de *La Revista Católica*, reflexionaba en un artículo que el sacramento del matrimonio había hecho grandes bienes a la humanidad, pero había sido una de las instituciones del catolicismo más frecuentemente atacadas. Sin embargo, el matrimonio “tal como se halla en el catolicismo, es el único capaz de hacer feliz a la mujer, a la familia y a la sociedad.” En el mismo periódico, se advertía, en el número siguiente, que “en las naciones antiguas, aún ilustradas pero paganas, la mujer no tenía un ser social, había perdido la personalidad de que Dios la dotó y se había convertido en una cosa, igual a una máquina o a una bestia. De aquí provino esa horrible tiranía que el hombre ejercía sobre ella, y esa infamia a la que se le había reducido...”.

¿Cuál era, entonces, la misión asignada a la mujer por la Iglesia Católica? Según lo que hemos analizado, de ella dependía el orden moral al interior de la familia. Por medio de una acertada educación, se formarían hombres morales para la República, virtuosos y rectos. Pero su misión principal consistía en ser apóstol de la religión, en garantizar su propagación a través del apostolado doméstico y de la educación de los suyos en la fe. Esto, a su vez, implicaba una misión pública, porque la regeneración de la sociedad entera dependía de lo que sucedía al interior de la vida doméstica. La misión de la mujer, por lo tanto, se proyectaba a la sociedad civil a través de la formación moral y religiosa de la familia.

Virtud y pudor: condiciones básicas en la mujer católica

Al ser la mujer un modelo social, su educación debía cultivarse con esmero y también era imperioso alejarla de los vicios de la época. La cultura católica de mediados del siglo XIX basó la valoración del nuevo rol femenino en comportamientos de virtud, piedad, pudor, sencillez y rectitud. Sus nuevas obligaciones con la sociedad civil exigían de ella estos atributos, siendo el principal el pudor. En este punto, *La Revista Católica* fue enfática y dedicó numerosos artículos a criticar las nuevas costumbres de las jóvenes. Una mujer cristiana debía ser modelo de virtud, pues sólo así podía influir en sus semejantes: “Arrancado del corazón de una joven el sentimiento del pudor y deshojada la flor de su virginal pureza, se lee en *La Revista Católica*, ¿qué le queda que inspire respeto a los ojos de sí misma y a los ojos de los demás?”. El pudor pasó a ser uno de los temas centrales en la construcción del ideal femenino católico: “el pudor no solo es para la mujer el secreto de su respetabilidad, sino también la salvaguardia de su fe. Por eso una mujer sin pudor, al paso que inspira repugnancia y ofende, corre el riesgo de caer en la impiedad. ... para entregarse sin reserva a las exigencias voluptuosas de criminales pasiones.” Según esta visión, en la falta de

pudor de una mujer, pueden radicar todos sus males, ya que la corrupción de la mujer significaba, para la mentalidad católica, la destrucción de las virtudes domésticas, base de las virtudes civiles.

Esta inquietud de la Iglesia por el pudor avivó la exigencia de un comportamiento adecuado en público, donde la “modestia del porte”, la discreción, la mirada baja, la dulzura en el hablar, la virtud del silencio y la prudencia, se convirtieron en elementos esenciales del modelo católico. Del ojo vigilante de la madre dependía el honor de la hija; y una buena hija, una joven cristiana, debía dar constante ejemplo público de su virtuosidad. Una serie de artículos de nuestro periódico reflejaron la creciente preocupación de la Iglesia por las fantasías que las jóvenes desarrollaban a través de las lecturas, especialmente de las novelas; y su crítica a la “corrupción de las costumbres” alcanzó también a los bailes de sociedad y a las asistencias al teatro, casi únicos pasatiempos de las mujeres chilenas de la clase dirigente.

Hay que tener en cuenta que, por lo general, la vida social de las jóvenes y mujeres chilenas era bastante fluida, lo cual intensificaba a los ojos de los observadores católicos el peligro de la decadencia moral, pues en torno al valor de la pureza se construía el modelo de perfección virginal. La virtud femenina debía “ser vista” en la forma de comportarse en los paseos, en las visitas, en los bailes, en el teatro, en la misa, en la beneficencia y en todos aquellos espacios “promiscuos” de sociabilidad, en que las niñas se encontraban en competencia con ellas mismas y ante los ojos de los varones a quienes querían impresionar. La mujer católica debía contar, a su vez, con la fuerza de un modelo católico visible, no circunscrito a lo familiar o a lo doméstico. Es por ello que ante los ataques de la prensa laica, que intentaba ridiculizar este modelo, como por ejemplo la sátira del Mensajero sobre las niñas “amortajadas” que asistieron a la procesión del Corpus Christi, *La Revista Católica* defendió la moda decente y pudorosa, haciendo notar que “la oportunidad en los trajes no es sólo una de las armonías de la sociedad, sino en muchos casos también, un acto de justicia tributado al deber y un homenaje que debe rendirse a la piedad y al culto del verdadero Dios.”

Existió también en las páginas de *La Revista Católica* un fuerte discurso sobre la debilidad moral de la mujer y sobre su tendencia hacia el mal –heredado de ser la causante del pecado original– que la llevaría permanentemente hacia la vanidad, la curiosidad sin fin y la pedertería. El “sexo débil”, como tantas veces se calificó a la mujer de la época, no significaba sólo una debilidad física, sino también una debilidad moral: la mujer era débil ante las tentaciones, no resistía el mal y ello se debía a su naturaleza. No pocos escritores de la época veían a la mujer como una emisaria de Satanás. El mismo padre Ventura escribió en su obra, *La Mujer Católica*, que “todas las herejías, todos los errores, se han establecido en el mundo merced a las mujeres”.

La pasión de éstas por la sensualidad, por el lujo, por el brillo social, era una consecuencia de la tendencia natural de la mujer hacia las cosas banales. Sólo el pudor y la modestia en el actuar podían alejar a la mujer de estas inclinaciones.

Bailes y espectáculos de teatro eran, a los ojos de los eclesiásticos y de algunos escritores católicos, perniciosos para la moralidad de las jóvenes, y por eso encontramos en *La Revista Católica* numerosas críticas a este tipo de entretenimientos. Ambos acarrecaban, según su parecer, pérdidas influencias en las buenas costumbres y menoscababan los sentimientos religiosos en las niñas católicas. El periódico hacía un llamado a las madres de familia para que impidieran que sus hijas tuvieran contacto con los abusos del teatro, porque "las candorosas e inocentes jóvenes que asisten a tales espectáculos son, por desgracia, las más notablemente perjudicadas. La delicadeza del pundonor y el recato de la modestia exigen para conservarse el cuidado y prudente vigilancia para alejar de sí todo aquellos que las empañe y las ofenda."

En las críticas de *La Revista Católica* a los bailes, especialmente los de máscara, se llegó incluso a pedir a la autoridad competente que negar el permiso para celebrarlos. Basaba su solicitud en el hecho de que en tales festejos "el objeto que reúne a los concurrentes inspira entusiasmo y libertad", y en ellos "el hombre se cubre con la máscara; y la mujer exalta su ligera fantasía expresando mudamente hasta en su vestido y adornos los pensamientos que la ocupan... Se halla sola; porque los vínculos a que queda sujeta exteriormente son tan débiles que se puede decir que está abandonada a sí misma." Para la revista el mismísimo Intendente debía declarar tales bailes como ofensivos al pudor, pues "el buen sentido aconseja no familiarizar a los hombres con espectáculos cuyo final resultado es quitar la influencia que ejerce en las costumbres la mujer pundonorosa." Cuando la prensa liberal salió en defensa de un tipo de entretenimiento tan normal a la juventud en todas partes del mundo, el periódico católico replicó a *El País* que "prestaría un verdadero servicio a la moral si uniera sus esfuerzos a los nuestros para abogar por el respeto santo que todos deben al pudor."

Otro tema que *La Revista Católica* trató con vehemencia fue el gusto excesivo de las mujeres por el lujo, fuente de todos los infortunios de la vida conyugal, según señala en varios artículos. El amor al lujo era un mal frecuente en las mujeres, según los articulistas, lo que las llevaba a exigir "por mero adorno gastos superiores a la fortuna y circunstancias de sus maridos", con lo cual se hacía muy difícil que conservaran por largo tiempo la armonía en sus matrimonios. Insistía la revista en que "una buena madre de familia no se forma en el tocado; ni en las escuelas del pasatiempo", pues "la modestia y la sobriedad en los adornos como en las costumbres realzan el mérito de la mujer...". El lujo, "pasión tan frívola que domina, sobre todo, al sexo débil", era, para los articulistas católicos, una plaga funesta que lo in-

vadía todo y lo pervertía todo. Nuevamente, el mal estaría en la propia naturaleza de la mujer.

Otra fuente de alejamiento de la virtud para las mujeres, según nuestra fuente, eran las lecturas de novelas, las que eran calificadas por *La Revista* simplemente como "inmorales". Debido a ello, la lectura femenina fue objeto de atento control por las autoridades católicas durante el siglo XIX. La década de 1840, con todo su despertar intelectual en Chile, elevó a la lectura a un pedestal y el país se inundó de libros. Comenzó por aquellos años un auténtico "boom" de folletines, gracias al impulso que les dio Sarmiento para que fueran incorporados en diarios y revistas y de esta forma facilitar su acceso al público. A ello se opuso tenazmente *La Revista Católica* en sus primeros años, pero hacia 1845, no pudiendo luchar contra la moda, se unió y comenzó ella misma a incluir en sus páginas algunas traducciones consideradas "sanas" y acordes con lo que las jóvenes católicas podían leer. Según este criterio, las madres tenían que guiar a sus hijas en sus lecturas y "prohibir... lecturas apasionadas, que afectando su sensibilidad, dejen tiznado su corazón de las mismas pasiones de los libros que las describen y las arrastran a funestos desmanes." La intención no era alejar de hecho a la mujer de las lecturas sino, muy por el contrario, se trataba de alentar su instrucción a través de éstas siempre y cuando los conocimientos adquiridos a través de ellas no alteraran el pudor, la modestia y, sobre todo, la fe. Las lecturas piadosas eran las más recomendadas, pero también los manuales de comportamiento, los devocionarios, algunas lecturas de clásicos, los poetas cristianos, los textos de Monseñor Dupanloup, etcétera. La mayoría de la literatura recomendada provenía de Francia, como por ejemplo el *Manual de la Mujer Cristiana*, del abate Chassay, traducido al español por Enriqueta Bulnes de Pinto y ampliamente recomendado por la revista.

La Iglesia sentía que era su deber proteger la integridad moral de las mujeres y por eso fue tan estricta en penalizar sus pasatiempos. El peligro estaba siempre latente, porque "las jóvenes a quienes la diadema del pudor hacía respetables al desenfrenamiento mismo, han empezado a gloriarse de una libertad de maneras que hasta este día habían sido como el indicio de la licencia de las costumbres, y dejando de respetarse a sí mismas, han cesado de imponer respeto." Sin duda que el problema más grave para la mentalidad católica estribaba en el languidecimiento de la fe, por lo que se trataba de proteger a estas jóvenes, "futuras reinas del hogar doméstico", de cualquier peligro que las llevara a su decadencia y, con ello, a la decadencia de las costumbres públicas.

Mujeres en el espacio público: el llamado de la beneficencia

"Muchos hombres de pequeño corazón creen que la mujer católica no debe tener otro apostolado que el hogar doméstico, ni más círculo de acción que el de la familia... Si [Santa Rosa de

Lima] hubiera existido en el siglo presente, habría manifestado más de una vez lo que puede el sentimiento de su fe en el corazón de la mujer católica, principalmente en la mujer americana, cuyo apostolado es más difícil porque tiene que contener en la familia y en la sociedad la corriente del corrosivo veneno de la impiedad, que ha trabajado a la vieja Europa en luchas sangrientas y que ... quiere aclimatarsen en el bello suelo de América", predicaba un sacerdote en la Catedral de Santiago, en 1865.

La mujer estaba excluida de la participación en la escena política oficial, pero es un hecho que el catolicismo alentó la participación pública de la mujer en aquellos aspectos que tuvieran que ver con la propagación del papel de la Iglesia en la sociedad chilena. Así, las mujeres católicas encontraron en las actividades de beneficencia su campo de acción, ayudando a organizarlas, participando directamente en ellas o, bien, aportando importantes sumas para iniciarlas y solventar su funcionamiento. Desde las páginas de *La Revista Católica*, se fomentó esta participación, sobre todo considerando que las donaciones de mujeres de la clase dirigente eran una fuente importante para la adquisición de propiedades, la construcción de edificios y el equipamiento y dotación requeridos para el funcionamiento de las instituciones eclesiásticas de beneficencia.

Numerosos artículos destacaron la prolija actividad desarrollada por la Sociedad Benéfica de Señoras, fundada en 1852 bajo los auspicios de doña Antonia Salas de Errázuriz, una fiel representante de la elite santiaguina católica y gran aliada del Arzobispo Valdivieso en su propaganda benéfica. La amplia labor desarrollada por esa Sociedad y el cúmulo de sus actividades fue motivo de orgullo para la jerarquía católica y lo demostró a través de una editorial en la que se lee el deseo de "hacer más particular mención a la Sociedad Benéfica de Señoras, cuya caritativa acción se ha hecho sentir en la casa del pobre, en las cárceles, en los hospitales, en el hospicio de inválidos." Cuando esta institución se preparaba para abrir un internado para jóvenes pobres, la revista volvió a celebrar la iniciativa de la Sociedad y de su presidenta, la señora Salas de Errázuriz.

En forma paralela al impulso de estas iniciativas, *La Revista Católica* buscó resaltar el hecho de que la propensión a ejercer la caridad formaba parte también de la naturaleza femenina: el sufrimiento por el dolor ajeno era algo propio de la mujer y un aspecto que el sexo masculino no había sido capaz de desarrollar. El benedictino alemán C. Gartner decía, en un libro escrito para mujeres en las primeras décadas del siglo XIX, que "la religión, en tanto cuestión de sentimiento, se acerca más a las mujeres que al hombre." La revista sostenía al respecto que "sólo la Mujer [sic], ángel del cielo, bajado a la tierra en alivio de los mortales, siente por todos, simpatiza con todo el que padece ... Sólo ella entre los seres criados, se deja seducir por el infortunio y los quejidos ... Sólo ella, conducida por la religión y la caridad conoce que el verdadero secreto de la moral religio-

sa y social está en esa misteriosa simpatía que repercute en uno, el dolor que sufren los demás. Sólo ella, inspirada por el sentimiento religioso que predomina en su ser moral, ha comprendido bien que la caridad es el primer resorte, el primer elemento de la religión ... ¿Quién sino la Mujer conoce todo el precio de un suspiro?... El hombre, absorbido por sus propios negocios ¿se ha ocupado alguna vez en analizar el dolor de un desgraciado?... Sólo en voz, Mujer, la piedad es un instinto conservador de nuestra existencia más que de la vuestra."

La actividad benéfica desarrollada por las mujeres católicas durante fines del siglo XIX y comienzos del XX fue abundante, tanto así que la administración cotidiana de muchas de las instituciones que fundaron justificó el envío de congregaciones religiosas europeas que se hicieran cargo de ellas como, por ejemplo, las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul (1854) y las Hermanas del Buen Pastor (1855). Estas congregaciones –entre otras– cumplieron con creces su misión, pues además de dedicarse a los pobres, prostitutas, huérfanos, presos y ancianos, mantuvieron en el tiempo las obras benéficas iniciadas por las mujeres chilenas. La jerarquía eclesiástica vio en estas congregaciones una aliada en la defensa de la independencia de la Iglesia y en la lucha contra la "impiedad de los tiempos" y *La Revista Católica* se hizo cargo de promocionarlas y de defenderlas cuando esa "impiedad" proveniente de la prensa anticlerical arremetía en contra de ellas. Cuando *El Mercurio* de Valparaíso atacó a las Hermanas de la Providencia, que habían llegado de Canadá en 1853, tildándolas de "extranjeras ingratas y monjas rebeldes que rebosan en altanería y jesuitismo", la revista dedicó varios artículos a defender a la congregación ante el estallido de la prensa liberal, que había sido "no solo sin motivo, sino con la acritud con que acostumbra tratar a todas las instituciones de la Iglesia."

La mujer de la beneficencia del siglo XIX fue una mujer de acción, una "mujer nueva" que se valía también de una nueva estrategia para expandir y fortalecer la religión. Había dejado de lado la devoción barroca de fines de la colonia y de comienzos de siglo, para salir a la calle y actuar en el espacio público. Ello exigía una nueva forma de trabajo, y cierta noción de orden y administración. La caridad, por lo tanto, aparecía como una nueva forma de devoción, de salvación personal, de sociabilidad femenina y de acción en lo público. *La Revista Católica* se hizo portadora de estos nuevos ideales de vocación femenina y puntualizó que la "verdadera devoción" y la "verdadera piedad" era de acción, como "enseñar al que no sabe, dirigir al que yerra, dar de comer al hambriento, ... en una palabra, en el ejercicio de las obras de misericordia tanto espirituales como corporales consiste la verdadera religión. ¡Ah si se penetrasen bien de esta verdad todas esas señoras y señoritas que se consagran a los ejercicios de devoción!". No es que la estrategia católica desechara la vida contemplativa, muy por el contrario; pero comenzó a valorar la actividad benéfica por sobre la conventual como

una auténtica acción publicitaria de la religiosidad nacional. Un buen ejemplo de cómo la mujer asumió su nuevo rol en el espacio público, lo encontramos en el discurso de doña Mercedes Marín del Solar en la Sociedad Benéfica de Señoras al fundarse el Asilo de San Salvador (1844), y que fue reproducido por *La Revista Católica*: "A la verdad, señala doña Mercedes, yo me siento penetrada de respeto al considerar este instante para siempre memorable en que abandonado el hogar doméstico, venimos a incorporarnos con una porción escogida de nuestros conciudadanos, a fin de coadyuvar a la mejora social y aceptar el porvenir risueño que nos ofrece la dulce esperanza de contribuir con nuestros esfuerzos al progreso de la grande obra que con tan sublime desprendimiento comenzaron nuestros padres. Retiradas hasta el presente —continúa su discurso— al interior de la familia, única esfera de actividad en que giraban nuestras facultades, exclusivamente consagradas a la educación de nuestros hijos, creíamos llenar en paz hasta el término de nuestros días el oscuro pero sagrado destino a que nos había llamado la Divina Providencia, sin que pretensiones de ninguna especie vinieran a turbar nuestro reposo. No obstante, ¡cuántas veces ha llamado nuestra atención el cuadro desolador de las necesidades públicas!...". Sus palabras son, sin duda, reflejo de una misión entendida y asumida por la nueva generación de mujeres católicas del siglo XIX.

Conclusión

En el presente artículo, quisimos hacer un análisis del contenido de *La Revista Católica* (1843–1874) que dice referencia a las temáticas femeninas. A través de estas páginas, quisimos observar cómo la Iglesia Católica, en una época en que la secularización de la sociedad cobraba fuerza, intentó incorporar a la mujer a un nuevo espacio de opinión pública, asignándole un nuevo rol social.

Este rol consistió, fundamentalmente, en la participación de la mujer en la esfera pública en defensa de la fe y de los valores tradicionales del catolicismo. A través de la dignificación y de la revalorización de su imagen de madre y esposa, la jerarquía eclesiástica le dio una nueva importancia al interior de la sociedad, a la vez que la sacó de su marco tradicional de acción, encasillado en el ámbito privado.

Para que la mujer pudiera asumir este nuevo rol social que se le asignaba, cobraron vital importancia, en la época, temáticas como las vinculadas a la instrucción femenina, a la virtuosidad pública y privada, al cultivo del pudor, a su misión como formadora de los futuros hombres de la nación, y a su ocupación en actividades benéficas.

La Revista Católica refleja cuán importante fue, en la discusión entre clericalismo y anticlericalismo, el papel de la mujer; a la vez que constituyó un importante medio para lanzarla a ocupar

un espacio nuevo en la sociedad civil. Fruto de esta estrategia fue el apoyo que obtuvo en el apostolado público que ella desarrolló en torno al ejercicio de la caridad, lo cual sirvió como medio de reforzar el papel de la Iglesia en un mundo que buscaba disminuir las prerrogativas de la Iglesia sobre la sociedad chilena en su conjunto. La mujer surgió, entonces, como un ente de vital importancia para defender la catolicidad de la nación. Cabe destacar, no obstante, que este nuevo protagonismo surgió por una invitación manifiesta —según creemos— de la Iglesia católica, y al margen de las iniciativas propias de la mujer.